

El galgo de Don Quijote

ERA hidalgo Alonso Quijano. Y como buen hidalgo, de los de lanza tras la puerta, rocin en el establo, adarga en la cámara, barjuleta o bolsa en la cabecera, bermia o capa larga a modo de manto sobre la cama, y moza que le ponía la olla. Al repetir Guevara este ajuar en el «Cancionero general» de Hernando del Casti!l», agrega el galgo:

Amor en surcos perfectos
andar a ver como siembran;
amor de como se miembro
de vos los hijos y nietos:
amor de gran presumpción
d'aver sido buen guerrero:
amor de red y hurón.
buen morní. «galgo lebrero».

El «can gallicus» va perdiendo poco a poco extranjerismo, haciéndose consubstancial con la meseta. Su línea horizontal, dirá Ortega. Y poco a poco también, a medida que los castillos se vacían y las casas de labor se blasonan, la caza deja de ser entrenamiento para más altos fines y se convierte en fin de sí misma. Nacen la pasión y el orgullo del cazador. Y así los días de fiesta, concluida la misa, nuestro hidalgo ensillaba el rocin y salía al campo precedido de su galgo. Prefería correr liebres a asistir al concejo y presenciar el juego del herrón, la lucha de los mozos en

el prado y el baile de las mozas bajo el álamo. Ya en el ejido, echaba por el encinar cercano o atajaba por olivares y viñedos. La liebre —temblor eléctrico— saltaba de la sombra de la retama o del carrasco, o de la fresca vid cargada de pámpanos. Y liebre y galgo en torbellino, perdíanse entre las matas. El rocin sentíase impelido a alocado galope, y había de tirar fuerte de las riendas el jinete cuando, viendo el galgo ya de regreso con la pieza cobrada, quería detenerlo. El galgo de Alonso Quijano era veloz y astuto. Galgo barcino, o malo o muy fino.

Pero un domingo el hidalgo decide suspender su cinegética. De tiempo atrás venía el galgo extrañando a su dueño. Le veía entregado de continuo a la lectura. Más de una vez lo sorprendió en soliloquio. Tendido a los pies, iba siendo testigo de la transformación de Alonso Quijano. Advirtió su exaltación ante los triunfos de Amadis y su paso y repaño de las razones y sinrazones de Feliciano de Silva. Dice Guevara en sus Epístolas que «el valeroso caballero no se ha de preciar de tener gran librería, sino

